



Fots. Candela

HAMLET (Sr. Fuentes)

OFELIA (Srta. Arévalo)

Désquiciado está el mundo. ¡Suerte horrenda! —¡Haber nacido yo para su enmienda!

exclama, y persuadido de que está destinado á corregir el desorden moral que le rodea, quiere, después de mucha meditación y sin fuerzas para tanto, DIRIGIR el complicado curso de los acontecimientos.

De ahí el drama dentro del drama; de ahí los escrúpulos que le asaltan cuando, estando el rey en oración, se le presenta ocasión de matarle; de ahí que sus vacilaciones en tomar por el atajo para no cometer un crimen al ejecutar un acto que le es repulsivo, da lugar á que frustren sus planes imprevistos sucesos: de



EL COMEDIANTE
(Sr. Cerro)

HAMLET
(Sr. Fuentes)

ahí que, al fin, haga justicia en el rey hiréndole de muerte, pero sólo por efecto de un arranque natural, dada la *vehemencia* de su temperamento, no por haber logrado DIRIGIR los sucesos convenientemente y de tal modo que el regicidio fuese la ejecución de un fallo moral de su pensamiento libre.

Igual detenido estudio se ha hecho de otros personajes del *Hamlet*. De Laerte se ha dicho que tiene con el príncipe muchos puntos de semejanza y que es como el *pendant* suyo de Ofelia, que es el mismo carácter meditativo, soñador, poético y distinguido de Hamlet. «La forma femenina de la mis-



LAERTE (Sr. Alens-Perkins)



EL REY (Sr. Parera)



SEPULTURERO (Sr. Juárez)

ma combinación de cualidades selectas» de el rey que, como Hamlet, quiere dirigir los acontecimientos y que para ello le alienta el buen éxito de sus anteriores crímenes, de Polonio, que es un viejo insensato y vacío que tiene igual pretensión, de la reina que es solo cómplice y de todos los personajes en conjunto que, por particulares móviles, trabajan de consuno para que se realice la catástrofe final que, según frase de uno de ellos, ha de convertir la escena en un campo de batalla.

No sería difícil, teniendo tantos datos y tantas observaciones acumuladas, hacer del *Hamlet* un estudio voluminoso; aquí falta espacio para hacer siquiera el índice de lo que en él pudiera ser tratado.

A. MIQUIS

La obra ha sido puesta en escena con mucha propiedad, lo cual evidencia que la dirección escénica del Teatro de la Zarzuela ha estudiado la época en que la acción de *Hamlet* se desarrolla.

La prensa, en general, no se ha mostrado muy benevola con los intérpretes de *Hamlet*, y aunque no nos metamos en discutir su fallo, por no ser este lugar á propósito para ello, nos permitimos la libertad de juzgar con benevolencia la labor de los artistas de

la Zarzuela, porque revela tan buena voluntad como buen deseo. Si loable ha sido el trabajo de los Sres. Llana y Ballesteros al adaptar la tragedia del gran dramaturgo inglés, por ser el único medio de vulgarizar no sólo la literatura extranjera, sino también las producciones de las grandes figuras de la dramática, no debe escatimarse el elogio á sus intérpretes, que tan eficaz y poderosamente colaboran en aquella obra de enseñanza y cultura.

El Sr. Fuentes hizo cuanto pudo; trabajó como un héroe toda la noche, logrando hacerse aplaudir con justicia en muchas escenas.

La señorita Arévalo, á quien estaba encomendado el interesante papel de *Ofelia*, encarnó de un modo muy aceptable el difícil personaje.

HAMLET
(Sr. Fuentes)

Fots. Candela

SEPULTURERO
(Sr. Juárez)



SRTA. DOÑA CONCEPCION CATALÁ, EN «EL HOMBRECITO»

FOT. FRANZEN

EL HOMBRECITO

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA, ORIGINAL DE D. JACINTO BENAVENTE, ESTRENADA EN EL TEATRO DE LA COMEDIA EL 23 DE MARZO DE 1903

Las obras dramáticas de Jacinto Benavente, no obstante lo copiosísimo de su labor, son inapreciables para un crítico dado á la benevolencia por temperamento y por costumbre: en ellas hay siempre mucho que elogiar y poco que merezca censura, y puede hacerse, por tanto, su encomio sin discrepar de los que habitualmente gustan más de poner reparos que de señalar bellezas.

Todas las obras estrenadas durante la temporada que acaba de terminar debidas á la pluma del cáustico autor, han merecido el aplauso de la crítica y, si no todas han gozado del favor del público, por igual, ninguna ha ido al *foso* como suele decirse en el argot teatral. Todas han llegado felizmente á puerto de salvación.

En cinco meses (de Noviembre á Marzo) ha estrenado Jacinto Benavente cuatro obras: *Alma triunfante*, *El automóvil*, *La noche del sábado* y *El hombrecito*; trece actos en total de muy diversos géneros, pero en todos los cuales se echa de ver pronto el espíritu friamente observador del distinguido dramaturgo, mucho más que la causticidad de él habitual y que generalmente es tenido por rasgo característico de su ingenio.

Los que no conozcan el modo habitual de trabajo de Benavente, pensarán tal vez que esas obras dormían en la carpeta del dramaturgo y que no son labor realizada en tan poco espacio de tiempo; pero los que así pien-

san se equivocan. Los trece actos han sido escritos con más rapidez aún de lo que el plazo en que han sido estrenados hacían suponer, y esto no obstante no se echa de ver en ellos la falta de meditación, ni sería fácil descubrir la premura con que han sido escritos.

De *El hombrecito* y de *La noche del sábado*, por ejemplo, se ha dicho que han sido escritas á medida que se ensayaban, y que estaban ya en disposición de ser puestos en escena los primeros actos,

cuando los últimos no habían salido aún de la pluma del dramaturgo.

No sería difícil comprobar esta afirmación, y sería tal vez interesante hacerlo, pero no es en este artículo donde tendría apropiado lugar el resultado de semejante investigación, ya que en definitiva debe contraerse á un relato sucinto del argumento de *El hombrecito*, con algunas observaciones críticas que puedan servir de útil complemento á ese relato.

A esto, pues, debemos contraer nuestra labor y eso es precisamente lo que vamos á hacer.

Al comenzar la obra estamos en un gabinete elegante, al fondo del cual hay una *serré*.

En el gabinete hay multitud de flores, corbeilles y regalos.

En la *serré* toman té, hablan y tocan el piano muy animadas Nené, Pepita, Casilda, María Teresa y Beatriz. Poco después de alzarse el telón entran en el gabi-



D. JACINTO BENAVENTE, AUTOR DE «EL HOMBRECITO» *Fot. Compañy*

nete Carlos, Tonito, Alberto y Jaime. Nené es una muchacha seria, formal y reflexiva, á quien estas cualidades valieron de niña el sobrenombre de *El hombrecito*. Pepita es una muchacha circunstancial que va á casarse con Carlos, hermano de Nené, y es á su vez hermano de Tonito, pretendiente eterno y eternamente desdeñado de la protagonista de la obra.

En la casa se celebra el santo de Nené, y, entre los amigos y amigas que visitan á la muchacha, se habla, naturalmente, del matrimonio próximo á realizarse de Carlos con Pepita y del matrimonio en general, y esto dá ocasión para que Nené exponga sus opiniones que son distintas de las de todos sus contertulios, y consideran al matrimonio y al amor como cosas muy serias y merecedoras de mayor respeto del que generalmente se les concede.

Nené no transige con las mentiras convencionales de la sociedad en que vive y afea á su hermano



NENÉ (Srta. Pino)
Fot. Candela



PEPITA (Srta. Bremón)
Fot. Franzen

su conducta, porque va á casarse con Pepita sin amarla y sin romper sus relaciones con Isabel, una señora casada que ha concertado el matrimonio.

Nené, por su parte, está enamorada de Enrique, un hombre que reúne todas las condiciones soñadas por ella; pero que al final del primer acto y cuando ya ha anunciado su propósito de no volver á la casa de Nené, se presenta en ella para confesar que aunque la ama y sabe que es amado por ella, necesita partir y no verla más, porque es casado. Parte Enrique y termina llorando Nené la pérdida de sus ilusiones.

El acto segundo ocurre en el mismo lugar que el primero, en casa del marqués de Castrogeriz, padre de Nené, donde se celebra un baile con motivo de los esponsales de Carlos y Pepita. Allí, no obstante sus propósitos, está Enrique.

Nené habla de él con su amiga Casilda y expone así el estado de su espíritu, tal como ella lo ve:

«¿Amor? Bien sabes que no es posible; amistad, sí, amistad tan leal, tan sincera, que no tengo por qué ocultártelo.

...¿Tú creés que si yo sospechara otros sentimientos en Enrique, si los sospechara en mí misma, hubiéramos vuelto á vernos? Era tiempo cuando supe la verdad... y hoy no cambiaría esta verdad por ninguna ilusión...

Un afecto seguro sin celos, sin mentiras. Una verdadera amistad en lo que puede confiarse siempre.

— ¡Ay, Nené— responde Casilda. —El amor con careta es más peligroso que con venda; suele dar bromas muy pesadas!»

Esta frase de Casilda sintetiza el pensamiento de casi todos los personajes que intervienen en la obra y como consecuencia de ella.

Carlos suplica á Enrique que no vuelva á la casa y Enrique promete hacerlo así.

Nené llega poco después, se entera de lo que su hermano ha hecho y le increpa por su conducta. En esta situación los personajes, termina el acto segundo.

En el tercero, Nené está en la casa sola con su abuelito y los criados. Está celebrándose la boda de Carlos con Pepita y Nené se ha negado á asistir á ella.

Mientras cuenta á su abuelito, que se queda dormido, sus tristezas; pero el abuelito, un tipo de anciano admirablemente dibujado, se queda dormido y no la escucha. Llega entonces Casilda, que viene de la iglesia donde se ha celebrado la ceremonia nupcial, y tiene el propósito de convencer á Nené para que asista al almuerzo con que ha de solemnizarse.

A poco llega el marqués de Castrogeriz y el de Cañaverales, padre de Pepita, con el mismo propósito. No logran realizarle y Casilda queda otra vez á solas con Nené.

Entonces llega Enrique, llamado por una carta de Nené. Casilda deja solos á los dos enamorados. Nené propone á Enrique que la lleve con él y hay

entre ellos una escena de extraordinaria tensión dramática, al fin de la cual Enrique, al oír que llega gente, se oculta en el jardín obligado por Nené, que se decide á ser suya, pero no públicamente como pretendía, sino ocultándose, fingiendo y engañando.

La comedia termina con la siguiente escena en la que se sintetiza el pensamiento del autor:

NENÉ. — Eulalia, Pepita... ¿Venís por mí? Sois demasiado buenas... Perdonadme... Tenéis razón... Fué una locura, un beso, Pepita; el primero de hermana; voy á vestirme; voy con vosotras. Venid, venid... no sé qué traje ponerme... quiero ir muy elegante, vosotras me diréis.

MARQ.— De modo que vendrás... Así me gusta.

PEPITA.— Ya decía yo... Si Nené es muy buena, por eso no he dudado en venir... Vamos, vamos pronto que no esperan los invitados...

NENÉ.— No... no... me visto en seguida. Venid conmigo...

CAS.— ¿Qué te sucede?... ¿Qué te sucede, Nené?... ¿Qué ha sucedido?

NENÉ.— Nada... que he aprendido á vivir... como todos... ya lo ves... acepto la vida...



Fot. Candela

NENÉ
(Srta. Pino)

EL MARQUÉS DE CASTROGERIZ
(Sr. González)

Tal es la comedia en la que además de lo dicho hay, como en todas las de Bena-

vente, tipos y escenas admirablemente estudiados y fielmente reproducidas que forman el ambiente en que se mueven los personajes. Relatado el argumento no parece necesario investigar el pensamiento del autor que resalta bastante claramente

expresado; sea cual sea la opinión que acerca de él se tenga, no puede negarse que está perfectamente expresado y defendido, y que la comedia no desmerece en nada de otras de Benavente, á muchas de las cuales supera además en intensidad dramática y en profundidad de pensamiento.

Respecto á la interpretación tampoco me tachará nadie de demasiado benévolo si digo que fué excelente. Rosario Pino, que celebraba su beneficio el día del estreno, representó el *El hombrecito* con verdadero cariño, encarnando admirablemente el papel de protagonista y sirviendo con perfecta exactitud el pensamiento del autor. Rosario Pino mostrósé inspiradísima en las escenas de pasión y, singularmente, en las del tercer acto, muy difíciles de hacer, y en las que no obstante obtuvo un gran triunfo.

Concha Catalá, hermosa y distinguida como siempre, tuvo en la escena final un *ge. to* de gran actriz, y Lolita Bremón fué una novia envidiable.

García Orte



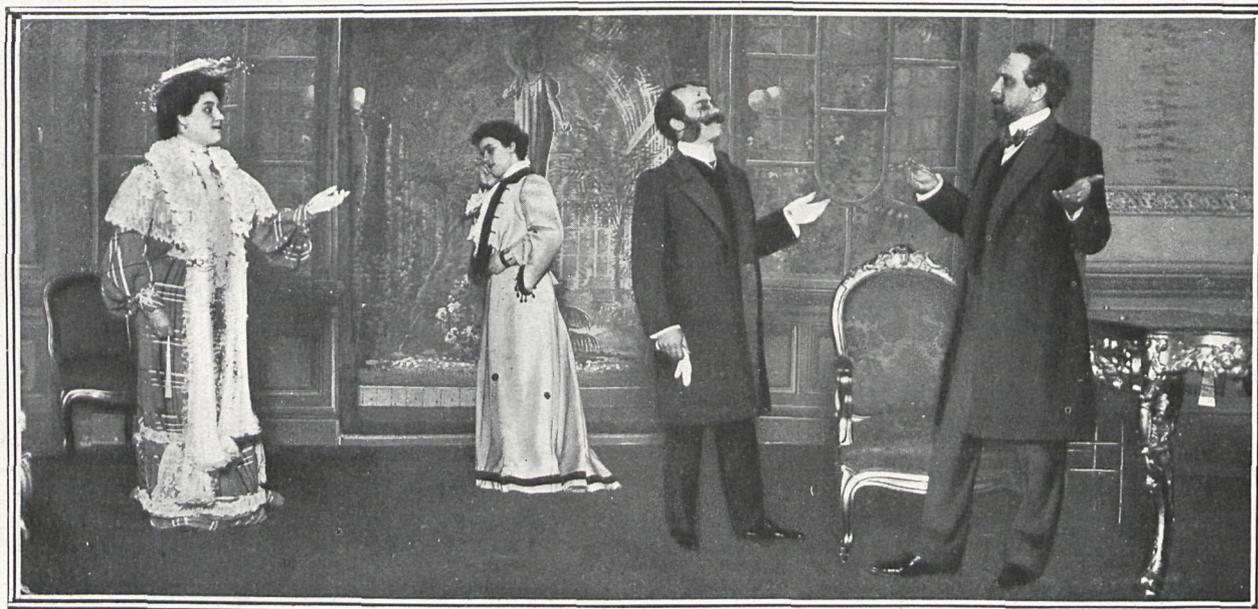
D. JUAN MANUEL (Sr. Rubio)

ga representó muy sobriamente interpretando el carácter de Enrique, nada fácil por cierto, con mucha discreción y haciéndose aplaudir en unión de Rosario Pino en algunas escenas.

González y Mora en sus papeles de conuegros estuvieron también muy acertados. Mora, sobre todo, que ha hecho durante toda la temporada una excelente campaña, la coronó creando ese tipo, y los demás actores Mata, Mendiguchía, etc., tampoco descompusieron el cuadro.

Rubio merece mención especialísima; para él también ha sido gloriosa la temporada que acaba de terminar. Fué aplaudidísimo y con justicia.

LUIS LÓPEZ
BALLESTEROS.



ACTO III.—ESCENA SEXTA



EL MARQUÉS DE CASTROJERIZ
(Sr. González)

ACTO III.—ESCENA OCTAVA
D. JUAN MANUEL
(Sr. Rubio)

NENÉ
(Srta. Pino)

Fot. Candela

ESCENA VII DEL ACTO SEGUNDO

NENÉ y CARLOS

NENÉ.—¿Y queréis que me case? Para casarme así...

CAR.—¿Así? ¿Tiene algo de particular que se trate en serio la cuestión de intereses? ¿Te parece poco poético? Menos poético es vivir de cualquier manera, tienes que convencerme; casi todas las faltas de poesía provienen de la falta de dinero.

NENÉ.—No me creas simple ni soñadora. Me asusta la pobreza tanto como á tí, como á cualquiera; sé que faltando lo necesario para vivir, nada hay seguro en la vida, cuando de todo se carece, nadie puede responder de sus afectos, y de su conducta, ni de la propia conciencia siquiera. Cuando yo sé que hay criaturas humanas que mueren de hambre y de frío, y que ven morir á sus hijos, todo lo disculpo; no me asombra el crimen más espantoso que puedan cometer; pero cuando la suerte ha sido generosa con nosotros, cuando nos permite el lujo de vivir á la conciencia tranquila, sin hacer traición á nuestros sentimientos... entonces no hay disculpa para el que engaña, para el que se vende, como tú vas á hacerlo.

CAR.—¿Qué dices?

NENÉ.—Tú, sí, tú; un hombre, como hombre joven, que sólo con nacer ha encontrado la vida asegurada. Y te casas sin cariño, engañando á una mujer sin experiencias de la vida, que no puede dudar de tu lealtad porque no puede comprender que nada te obligue á la mentira, como yo no puedo comprenderlo... por eso te digo con toda la indignación de mi alma lo que ella podrá decirte mañana con más razón: eres un miserable, sí, hermano mío; te lo dice una mujer, eres un miserable.

CAR.—¡Estás loca! Porque has oído decir que en nada te parece á las otras muchachas de nuestra sociedad, que tienes ideas propias, que te llaman el Hombrecito, ya quieres dardelas de espíritu fuerte, que sabes de la vida más que nosotros. ¿Y qué sabes tú?

NENÉ.—Sé, por lo pronto, que tus relaciones con Isabel continuarán, y que te casas con Pepita... á pesar de todo.

CAR.—¿Qué sabes tú? En primer lugar, una muchacha soltera, no tiene para qué enterarse de ciertos asuntos, y al enterarse, revela una curiosidad y una malicia que nada le favorece.

NENÉ.—Favorece más la hipocresía de fingir que no se ha

enterado de nada... y sobre hipócrita, sería cómplice de todos... de tí, y de los que saben lo que yo sé y consienten esa infamia.

CAR.—¡Infamia! Tú lo dices; eso sería si hubiera alguien engañado. ¿Pero quién es el engañado?

NENÉ.—¡Ah! ¿Tú crees que Pepita lo sabe? ¿Y que nada le importa? Entonces eres tú la que debe despreciarla. ¿Qué puedes esperar de una mujer que se une á tí sin la ilusión de tu cariño? Pero estoy segura de que nada sabe.

CAR.—Diselo tú si tanto te interesa salvar tu responsabilidad. Acaso te lloves chasco y su indignación no responda á la tuya, menos justificada...

NENÉ.—No, no quiero saberlo. Voy creyendo que todos sois iguales.

CAR.—Menos uno, ¿verdad? Hay otros seres excepcionales como tu Enrique, ¿no es así?

NENÉ.—¿Por qué hablas de Enrique?

CAR.—Porque debo hablarte y quiero que hablemos formalmente para que veas que me intereso por tu felicidad... mejor que por tí por la de tu hermano, que no es rencoroso... ¿No ha venido á felicitarte?

NENÉ.—No, ha mandado una tarjeta nada más.

CAR.—Es que huye de tí... pensará verte lo menos posible... Es que ha notado que estás enamorada de él.

NENÉ.—Y él... sí, tienes razón, parece que huye de mí... y me quiere, me quiere, no hay duda... En posición modesta, él no pertenece á nuestra clase. le acobarda sin duda, pero estoy segura de que me quiere... ¿Te habla de mí alguna vez?

CAR.—Muchas

NENÉ.—¿Y me quiere, verdad, me quiere?

CAR.—Y tú le quieres también.

NENÉ.—¿Te ha preguntado él? Tú no sabrás... Si vuelve á preguntarte... puedes decirselo.

CAR.—Y le quieres porque te parece también un ser superior, digno de tí, distinto á todos. ¿No es eso?

NENÉ.—¡Tan distinto! Basta oírle, basta verle.

CAR.—Muy distinto; por eso no es capaz de esas infamias como tú dices que cometemos los demás. ¿Y no sabes tú si queriéndote mucho, si comprendiendo que tú le quieres, otras relaciones anteriores de esas que ya no haga por cariño, sino por consideración, y por tanto, no por cortesía... le obligue á renunciar á tu cariño, á no volver á verte?...

NENÉ.—¿Qué dices?...